

RECONSTRUIR LA POLÍTICA ECONÓMICA

A partir de la Conferencia del Dr. José Luis Calva,
ITESO, abril de 1997.

Coordinación de Investigación Social



ITESO
EL ESPÍRITU VIVIFICA

CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y FORMACIÓN SOCIAL

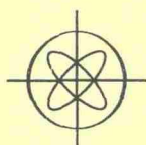
CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN Y ANÁLISIS

**RECONSTRUIR
LA POLÍTICA ECONÓMICA**

RECONSTRUIR LA POLÍTICA ECONÓMICA

A partir de la Conferencia del Dr. José Luis Calva,
ITESO, abril de 1997.

Coordinación de Investigación Social



ITESO
EL ESPÍRITU VIVIFICA

CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y FORMACIÓN SOCIAL
CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN Y ANÁLISIS

ITESO

Rector

Lic. Pablo Humberto Posada Velázquez, S.J.

Director de Integración Comunitaria

Lic. Roberto de la Garza-Evia Ugarte, S.J.

Director del Centro de Investigación y Formación Social

Lic. Jorge Narro Monroy

© D.R. 1997, Instituto Tecnológico
de Estudios Superiores de Occidente, ITESO,
Periférico Sur 8585, Tlaquepaque, Jalisco.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ISBN 968- 6101-77-2

INDICE

PRESENTACIÓN	7
--------------------	---

Ignacio Román Morales

PROPUESTAS PARA LA RECONSTRUCCIÓN DE LA POLÍTICA ECONÓMICA	9
---	---

PRESENTACIÓN

En junio de 1997 el Centro de Investigación y Formación Social de la Dirección de Integración Comunitaria del ITESO presentó su primer número de Avances. En aquel momento se publicaron análisis sobre los contextos políticos y económicos, nacional y jalisciense, que enmarcaron las elecciones de 6 de julio pasado.

Desde ese momento, también resulta motivo de debate otra coyuntura: la de la llamada recuperación económica, la discusión sobre la viabilidad del modelo actual y la búsqueda de propuestas alternativas. Esto último resulta de particular actualidad, sobre todo ahora que, luego de los resultados electorales, parece abrirse la posibilidad de debate sobre el manejo de la política económica.

En abril de 1997, el Dr. José Luis Calva ofreció la conferencia Alternativas para la reconstrucción: reencausamiento de la economía mexicana hacia un ciclo largo de desarrollo con equidad. Dicha conferencia constituye la base de este trabajo reelaborado por la Coordinación de Investigación Social.

En su análisis, el Dr. Calva examina los principales problemas estructurales que subsisten en la economía mexicana, así como las implicaciones del modelo actual. Ante los obstáculos al crecimiento que enumera, propone una serie de líneas de acción articuladas para generar un nuevo esquema económico.

En efecto, se propone (i) la protección de los sectores económicos más vulnerables, (ii) evitar la sobrevaluación cambiaria, (iii) fomentar las políticas de fomento económico general y sectorial, (iv) pactar los niveles de tasas de interés bancarias, (v) permitir déficits fiscales razonables, (vi) incrementar paulatinamente los salarios reales y (vii) promover prioritariamente el

desarrollo de la pequeña y mediana empresa. A través de estos puntos se abordan gran parte de los aspectos más polémicos de la actual política económica y de la búsqueda de alternativas.

El lanzamiento de propuestas económicas y sociales y el replanteamiento de nuestro camino económico y social constituyen aspectos centrales en el quehacer analítico contemporáneo. El fin de este documento es contribuir en tal sentido.

Ignacio Román Morales

PROPUESTAS PARA LA RECONSTRUCCIÓN DE LA POLÍTICA ECONÓMICA¹

Agradezco la invitación del ITESO a participar en este importante diálogo, así como la presencia de todos ustedes.

El tema por debatir el día de hoy es *las alternativas para la reconstrucción, para el reencauzamiento de la economía mexicana, hacia un ciclo largo de desarrollo con equidad*.

Antes de proponer las medidas de política económica que habría que aplicar en nuestro país y así lograr este objetivo, vamos a comenzar dando un panorama general, un diagnóstico, de cómo está la economía mexicana. ¿Es cierto —como dice el presidente Zedillo— que existe una reactivación de la economía mexicana y que quienes disienten de esa afirmación están fuera de la realidad?

En 1995, para hablar del periodo reciente, después del colapso financiero que se presentó en diciembre de 1994, hubo una caída del Producto Interno Bruto (PIB) de 6.2%; en 1996 un crecimiento de 5.1% (según la tercera cifra revisada por INEGI; Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática), y para 1997 se proyecta un crecimiento de 6.5%, ello significaría que al finalizar 1997 se habría recuperado lo perdido en 1995, pues tendríamos un PIB 5.0% mayor al de 1994.²

¹ El presente texto fue elaborado por la Coordinación de Investigación Social del Centro de Investigación y Formación Social con base en la información que proporcionó el Dr. José Luis Calva en la conferencia que pronunció el 28 de abril de 1997 en las Jornadas de Análisis y Reflexión sobre la Coyuntura Nacional, organizadas por la Dirección de Integración Comunitaria del ITESO.

² Las proyecciones para 1997 fueron revisadas por el editor, con base en los Criterios Generales de Política Económica para 1998, presentados al Congreso de la Unión por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público el 11 de noviembre de 1997.

La economía mexicana se compone de dos grandes sectores: (i) el que produce para el mercado interno e involucra a más de 85% de los mexicanos, y (ii) el sector exportador, que representa poco más de 10% de la población, comprende a las maquiladoras, a las corporaciones transnacionales, las cuales han aumentado sus exportaciones dramáticamente en estos años, y a un pequeño grupo de empresas mexicanas que también han aumentado sus exportaciones. Si desagregamos estos dos grandes sectores resulta que en 1995, con una caída de 6.2% del PIB, el sector exportador tuvo un crecimiento de 36%, mientras que la economía de mercado interno, que involucra a la abrumadora mayoría de los mexicanos, cayó en 15%. Para 1996, el crecimiento de 5.1% en el PIB se da en medio de uno de 18.7% del sector exportador, mientras que la economía de mercado interno solamente lo hizo 1.7%.

Esto quiere decir que si se cumplen las metas económicas de la Secretaría de Hacienda para 1997, en este año cerraremos con un Producto Nacional de Mercado Interno 8.0% menor que el de 1994. Por eso es que tenemos una extraordinaria paradoja en el país: mientras hay un crecimiento de 6.5% en el Producto Interno, las ventas al menudeo han caído de manera prácticamente ininterrumpida desde 1994. En mayo y junio de 1996, las ventas al menudeo se recuperaron de manera ligera, para volver a caer después en forma más acelerada. En cuanto a las ventas en supermercados: no hay un solo mes desde 1995, en que hayan dejado de caer en relación al mismo mes del año anterior, hasta febrero de 1997.

La ventas en tiendas departamentales como Liverpool, después de haber caído más de 30% en 1995, han mantenido una caída también prácticamente ininterrumpida, con excepción de algunos meses donde repuntan 1 o 2%, por ejemplo mayo y junio, para volver a caer de julio a diciembre. En el primer trimestre de 1997, las ventas de automóviles en el mercado interno fueron apenas de 40% de las ventas de automóviles que tuvimos en 1993.

Las carteras vencidas de la banca, no obstante todos los programas de rescate financiero, no han dejado de crecer aunque con una velocidad cada vez menor. Hasta abril de 1997 se registra un ritmo de crecimiento mucho menor que en 1995, y más aún que en 1996. Pero en la actualidad, continúa creciendo la cartera

vencida, en términos de la contabilidad bancaria estadounidense, que estima como cartera vencida todo el crédito afectado por uno o más documentos que se han dejado de pagar durante tres o más meses, a diferencia de la contabilidad bancaria mexicana, que sólo considera como cartera vencida los documentos no pagados y no toda la deuda de la que forman parte. Los documentos no pagados por más de tres meses representan casi 50% de la cartera crediticia total de los bancos, no obstante que las reestructuraciones de carteras afectan a más de 30% del resto de la cartera; en otras palabras, casi todos los deudores cayeron en cartera vencida o tuvieron que reestructurar porque no estaban en condiciones de pagar; incluso de quienes reestructuraron en UDIS, casi 20% han vuelto a caer en cartera vencida.

Los salarios han mantenido su caída ininterrumpida, de manera tal que si el programa económico del gobierno funciona, al cierre de 1997 los salarios mínimos, manufactureros y contractuales serán 21.5%, 22.0% y 17.9% menores que en diciembre de 1994 respectivamente.

Es como si estuviéramos en dos países: una economía de enclave exportador que crece y una economía de mercado interior —en la cual se desenvuelve la mayoría de la población nacional— hundida en la depresión. Entonces, tenemos una paradoja: depende desde donde se vea, la economía anda bien o anda mal. Si se ve desde la perspectiva del sector exportador, la economía está bien; si se ve desde la perspectiva del sector mayoritario de la población mexicana, la economía no va bien. El presidente Zedillo se enoja porque la población no ve la reactivación económica, pero ésta no existe para más de 85% de los mexicanos.

Lo que ha pasado en los últimos años con la economía mexicana es simplemente un episodio de un experimento económico que comenzó a aplicarse en México desde hace quince años, y de los cincuenta que precedieron a este modelo económico, a esta estrategia económica nombrada neoliberal.

Al presidente Zedillo le molesta mucho que se utilice la palabra neoliberal, pero es una categoría científica que se usa en todo el mundo. En alguna ocasión hice la propuesta de suprimir del lenguaje mexicano la palabra *neoliberal*, para ver si así teníamos diálogo, aunque esta palabra se va a seguir usando en el

mundo entero porque es una categoría científica, al igual que liberalismo económico.

El neoliberalismo contempla dos grandes principios: el de Adam Smith, de que toda participación del Estado en la promoción del desarrollo económico es nociva. Éste no debe intervenir en la actividad económica, sino convertirse simplemente en garante del cumplimiento de las leyes y de los contratos. La otra característica de esta categoría es la teoría —también de Adam Smith, pero desarrollada sobre todo por David Ricardo— que consiste en que los países logran la mayor riqueza y prosperidad, cuando se abren al libre comercio con el exterior, ya que éste propicia la asignación óptima de los recursos productivos, el aprovechamiento de las ventajas comparativas, de manera tal que, según esta teoría, las naciones se desarrollan mucho mejor. Esta estrategia se pone en marcha a partir de 1983, pero durante los cincuenta años precedentes, el Producto Interno por habitante, creció desde 17.2% hasta 22.6% por sexenio, la inversión fija, la inversión física en maquinaria, equipo, construcciones, creció 63% cada sexenio, los salarios mínimos mejoraron 14.3% cada sexenio. Después de quince años de experimentación neoliberal, suponiendo que el programa para 1997 funcione, el Producto por habitante va a ser 9.6% inferior al de 1982. La inversión fija, física, en maquinaria, en equipo, etcétera, que cada sexenio crecía 63%, ahora será, después de quince años, 14.9% inferior a la de 1982, y los salarios mínimos serán 72% inferiores. Estos son los resultados de una estrategia económica.

Comparar una y otra estrategias no significa que aspiremos a reconstruir el pasado, esto no es viable ni del todo deseable, porque por algo se colapsó ese modelo económico. Ese modelo llegó a una crisis de deuda que estalló en 1982, con una acumulación de pasivos externos, deuda externa pública y privada, por 79,000 millones de dólares, más 10,000 millones de inversión extranjera directa, es decir, física, en fábricas, etcétera, que hay que cargar también en los pasivos externos, como se hace en la contabilidad de Estados Unidos, porque se trata de inversiones que tienen matriz en el exterior y por ellas hay que pagar intereses, regalías y utilidades, y gravitan también sobre nuestras cuentas externas.

En 1982 tuvimos un colapso financiero, el modelo económico se derrumbó por una acumulación de pasivos de esos 89,000 millones de dólares. A partir de entonces el nuevo grupo en el poder llegó a proponer una nueva estrategia, que supuestamente resolvería para siempre las causas que habían provocado aquel colapso financiero. En diciembre de 1982, en su discurso de toma de posesión, el presidente Miguel de la Madrid anunció lo que serían los principios de la estrategia económica neoliberal: por una parte, había que reducir la participación del Estado en el fomento de la agricultura, de la industria manufacturera, en la construcción de infraestructura, etcétera, bajo el argumento de que tal participación causaba distorsiones e ineficiencias. Por otra parte había que realizar la apertura comercial porque, se decía, se habían fabricado como en estufa empresarios que producen malo y caro, y era conveniente abrirlos a la competencia extranjera para que elevaran su productividad, su calidad y su eficiencia. Con estos principios comenzó a manejarse la economía mexicana, y el licenciado Miguel de la Madrid dijo: “la elevación de la eficiencia competitiva de nuestra planta productiva nos va a llevar a resolver para siempre el problema del endeudamiento del país; aun suponiendo que la deuda desapareciera, tendríamos que entrar a una estrategia económica diferente, para evitar la acumulación de nuevas deudas, y para eso tenemos que elevar la competitividad y la productividad de la planta productiva.”

Pero he aquí que después de once años de experimentación neoliberal, los pasivos externos, que eran de 89,000 millones de dólares cuando el colapso de 1982, se habían disparado a 254,000 millones de dólares en junio de 1994; es decir, mientras en los últimos doce años del modelo económico precedente, que se colapsó en 1982, teníamos endeudamiento, cuando menos teníamos también crecimiento —la economía crecía a una tasa superior a 6% anual—, ahora tuvimos endeudamiento sin crecimiento.

¿Qué ha pasado con la economía mexicana? y sobre todo ¿qué hacer con ella? Voy a proponer siete grandes puntos de política económica para la reconstrucción de nuestra economía, mencionando tanto las fallas que hemos tenido en el pasado del actual modelo económico neoliberal, como las que indudablemente hubo también en el modelo precedente. Se trata de que

utilizando la experiencia mexicana y la universal, tanto en aquello que les ha funcionado a países cuyas condiciones son similares a las nuestras, como en aquello que les ha ido mal, no se cometan los mismos errores pero sí aprendamos de los aciertos en lo que sea asimilable a nuestro país, pero sobre todo aprendamos de nuestra propia experiencia.

El primer instrumento de la estrategia neoliberal fue la apertura comercial. Es un instrumento crucial destinado a elevar la eficiencia del aparato productivo. A partir de principios de 1984 se pone en marcha un proceso aceleradísimo de desmantelamiento de los sistemas de protección comercial, tanto con impuestos a las importaciones con aranceles como mediante una serie de mecanismos de protección no arancelaria, particularmente permisos previos de importación, que era el principal instrumento de protección, precios oficiales para los productos importados, para evitar subfacturaciones, y en menor medida otros tipos de controles para las importaciones.

La economía mexicana durante sus años de más tranquilo crecimiento económico, desde la época del general Lázaro Cárdenas hasta los primeros años setenta, se había desarrollado más o menos con estructuras de protección comercial prudentes. La protección comercial representaba entre 35 y 45-48% del valor de nuestras importaciones. Luego México decide de manera unilateral y abrupta realizar un proceso de apertura comercial. Antes de la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC), a principios de 1991, de todo el mecanismo de protección no arancelaria que quedaba, sólo 9.2% de las importaciones estaban sujetas a barreras de protección no arancelarias. En ese mismo año, cuando México iniciaba negociaciones con Estados Unidos para el TLC, Estados Unidos sometía a barreras de protección no arancelarias a 44.5% de sus importaciones, y los países ricos miembros de la Organización para la Cooperación de Desarrollo Económico (OCDE) sometían a 48.7% de sus importaciones a barreras de protección no arancelarias, es decir, México se había abierto unilateralmente al comercio internacional, como si fuera la primera potencia económica del mundo y los demás fueran segundas.

Simultáneamente, economías como la coreana, la japonesa, la de la Unión Europea, se desenvuelven mediante altos coefi-

cientes de protección comercial. En el mundo entero no existe el libre comercio, los países que tienen éxito procuran protegerse en aquello en lo que no pueden competir y se abren en aquello que sí pueden.

Cuando se firmó el TLC se dijo que era un instrumento mediante el cual se iban a generar en el país empleos suficientes para que la población dejara de irse a Estados Unidos, que iba a venir un torrente de inversión extranjera directa a aprovechar el mercado nacional y la baratura de la mano de obra; en consecuencia, como iban a venir más de 15,000 millones de dólares de inversión extranjera directa, México jamás iba a tener la crisis que finalmente estalló en diciembre de 1994.

También se dijo que se iban a acabar los conflictos comerciales con Estados Unidos, que el TLC establecería reglas claras, justas y parejas para los tratos comerciales; se dijo, en suma, que México llegaría de la noche a la mañana por vía rápida al primer mundo, el TLC era la garantía. A tres años de operación del TLC —este es el cuarto año—, México está en la peor crisis: aumenta la migración de trabajadores a Estados Unidos y disminuye la inversión extranjera directa que viene al país, y sobre todo en el ámbito del comercio ahora tenemos más conflictos comerciales con Estados Unidos que antes del TLC, en acero, en cemento, en aguacate, en jitomate, en escobas, etcétera. En un congreso que tuvimos a principios de este año en Nueva Orleans, comenté este punto frente a una comunidad de colegas estadounidenses, canadienses y mexicanos: no es Estados Unidos sino México el que está equivocado. ¿Por qué? Estados Unidos haría mal si dismantelara su estructura de protección comercial cuando el resto de los países ricos miembros de la OCDE tienen una estructura de protección comercial superior a la de él, desde luego Estados Unidos tiene todo el derecho de proteger su planta productiva y sus empleos; los que nos hemos equivocados somos nosotros.

Entonces, la *primera propuesta* de política económica que hago es pasar a una política comercial pragmática, es decir, a una política comercial similar a la de Corea del Sur, a la de Japón, a la de Estados Unidos, a la de Canadá, etcétera, donde las naciones se abren a la competencia externa en aquello en lo que pueden competir y se protegen en donde son débiles. Desde

luego, mi recomendación es no protegernos para cruzarnos de brazos, hay que elevar la productividad, pero tenemos que darnos el tiempo para que esto ocurra.

La *segunda propuesta* de política económica es corregir los errores en política cambiaria, que han sido uno de los males endémicos de la economía mexicana, incluso no sólo bajo las administraciones neoliberales, sino desde antes de éstas. En la época de Cárdenas había, por las circunstancias internacionales incluso, un manejo muy escrupuloso del sector externo, procurando y logrando siempre tener superávit comercial. El principal instrumento sin recurrir al sistema de protección comercial —que en esa época no fue importante—, fue mantener un tipo de cambio competitivo. Cuando nosotros sobrevaluamos nuestra moneda estamos abaratando y subsidiando las importaciones, para que vengan, compitan con nuestra producción, arruinen nuestras empresas y acaben con nuestros empleos. Como consumidores estamos ganando porque estamos comprando más barato, pero como productores y trabajadores estamos perdiendo, y amanece con que los productos están más baratos pero no tenemos empleo o nuestros ingresos han disminuido o hemos tenido que cerrar la fábrica porque ya nos tronó la competencia externa. Después del buen manejo de la política cambiaria de los años treinta, tuvimos problemas luego de la segunda guerra mundial, cuando se permitió la sobrevaluación del tipo de cambio y caímos en problemas de cuentas externas, déficit comercial, déficit de cuenta corriente, necesidad de endeudar al país para pagar la factura de las mercancías que estábamos importando de más.

En aquellos años, entre 1948 y 1949, y posteriormente en 1954, se realizaron devaluaciones, pero no fueron como las del tiempo de Cárdenas, ya que no estuvieron acompañadas con un paquete de instrumentos de política económica contraccionistas, recesivos. En la actualidad se combinan ajustes cambiarios, devaluaciones, una política de reducción de los salarios reales y del gasto público, alzas de impuestos y de tarifas del sector público, encarecimiento y escaseamiento del crédito. Todo ello, teniendo como consecuencia el estallido de una economía. En cambio, si hacemos un ajuste en el tipo de cambio, si devaluamos, sin aplicar estas otras políticas, no provocamos recesión. Esto fue lo que

sucedió, por ejemplo, en 1949-1950, cuando incluso la economía tuvo crecimiento de 7 a 9%.

En 1954 se efectuó una macrodevaluación, que elevó la paridad de 8.65 a 12.49 pesos por dólar. Pese a ello, tuvimos crecimiento de 5.5% en ese año y de 10% en 1955. ¿Por qué? Porque las macrodevaluaciones no se acompañaron de medidas recesivas. Sin embargo, a partir de 1955 la paridad peso-dólar no se movió, se quedó en 12.49 pesos. Mientras el diferencial de inflaciones entre México y Estados Unidos no fue importante no hubo mayores problemas y la economía pudo moverse con estabilidad de precios, hasta mediados de los años sesenta. Posteriormente la inflación mexicana empezó a crecer mucho más de prisa que la de Estados Unidos, y sin embargo el tipo de cambio no se movió. Como resultado se subsidiaron importaciones, creció en forma bárbara el déficit comercial. En tiempos del licenciado Echeverría, esto nos llevó a endeudarnos para pagar las facturas de mercancías que estábamos comprando de más en el exterior y finalmente nos llevó a la crisis de 1976. Pero aun en 1976 el ajuste cambiario no se hizo acompañar de políticas recesivas de estabilización económicas y ajuste externo, sino que, como la macrodevaluación no fue acompañada con este tipo de políticas, cuando entonces se hablaba de crisis es porque el crecimiento anual del Producto había bajado de 6.8%, que era el promedio de 1956 a 1975, a una tasa de crecimiento de 4%. Eso era crisis en aquel tiempo.

Sin embargo, volvimos a tropezar con la misma piedra. Después de la macrodevaluación de 1976 hubo un ajuste insignificante en el tipo de cambio, mientras que la brecha de inflaciones entre Estados Unidos y México fue bárbara, la inflación mexicana más que duplicaba la inflación de Estados Unidos, y volvimos al mismo problema: al sobrevaluar nuestra moneda, crecieron nuestro déficit comercial y nuestro déficit de cuenta corriente, y por si fuera poco, cada vez fue gravitando más la factura de los intereses de la deuda externa, que venía creciendo como bola de nieve.

Llegamos así a la megacrisis de la deuda, y después de los primeros cinco años de aplicar el modelo neoliberal... El modelo neoliberal es una estrategia de largo plazo que tiene tres grandes

estrategias económicas de corto plazo: la primera de ellas es la que se aplicó en tiempos del licenciado Miguel de la Madrid, se basa en contracción del gasto público, alza de impuestos y precios del sector público, reducción de los salarios reales, subvaluación del tipo de cambio, restricción de la oferta crediticia y, en consecuencia, encarecimiento del crédito. El sexenio del licenciado Miguel de la Madrid termina con crecimiento cero, 0.22% anual, es decir, un decremento de 10.8% del Producto por habitante.

Con el licenciado Carlos Salinas a esta estrategia de corto plazo se agrega un ingrediente perverso: se acelera la apertura comercial, la cual se había realizado a marchas forzadas en gran parte desde el sexenio anterior, pero no había culminado. La idea era que el precio de las importaciones sirviera de techo a los precios internos; los fabricantes mexicanos no podrían vender más caro que sus competidores extranjeros, y el aceleramiento de la apertura comercial iba a servir para bajar la inflación. Para que esto fuera congruente se estableció una política donde primero estuvo fijo el tipo de cambio, no se movió la relación peso-dólar a pesar de que mientras en Estados Unidos había una inflación de 5%, en México tuvimos una de 158%. A pesar de eso no hubo ajuste en el tipo de cambio, y esto se fue acumulando en los años posteriores, con el sistema de deslizamientos del peso mexicano frente al dólar, a un ritmo siempre menor a la diferencia entre la tasa de inflación mexicana y la de Estados Unidos; fue generando una sobrevaluación de nuestra moneda que ya en diciembre de 1993 era de 41.9%.

El resultado fue el crecimiento bárbaro del déficit comercial. El licenciado Salinas tiene el mérito perverso de haber acumulado un déficit comercial que supera, más que duplica, los déficit comerciales de toda la historia de este país en un solo sexenio, y el mecanismo fue llevar la sobrevaluación cambiaria a niveles tremendos.

En consecuencia, un segunda medida de política económica que tenemos que adoptar para reconstruir nuestra economía es una política de peso permanentemente competitivo, no dejar que nuestra moneda se sobrevalúe. Para hacer esto hay diversos mecanismos: establecer una banda de flotación, que implica tener un piso cambiario, es decir, un nivel del cual no baja el precio

del dólar, y establecer un techo cambiario, es decir un nivel en el cual no sube tal precio. Para tener una banda de flotación se requiere un caudal en el Banco de México, para que cuando suba de este nivel el precio del dólar, el Banco de México entre a vender dólares, aumente la oferta de dólares y haga reducir su precio. El mecanismo del piso cambiario es más sencillo, cuando la relación peso-dólar tiende a bajar de este piso, el Banco de México entra a comprar dólares. Lo importante para nuestra economía es el piso cambiario, no tanto el techo cambiario; porque el piso cambiario es el que garantiza la competitividad de la planta productiva mexicana, que el dólar no se abarate tanto como para que vuelvan a abaratarse las importaciones, desplacen a nuestros productos nacionales y causen desempleo en nuestro país.

Entonces, mi sugerencia es un tipo de cambio permanentemente competitivo, fijado a partir de un nivel de equilibrio, determinado el nivel de equilibrio bajo este criterio.

Se dice: según mis cuentas, hay una subvaluación de tanto, una sobrevaluación de tanto. Porque depende de cuál año base se tome para calcular el tipo de cambio de equilibrio. Ahí hay un problema de método. En un libro que publiqué en 1993, *El colapso financiero*, y en programas de radio, de televisión, etcétera, pronostiqué que el colapso financiero vendría un año después, por la acumulación de pasivos externos, la sobrevaluación cambiaria, etcétera, y di a conocer una tablita que refutaba al Banco de México acerca de los criterios para definir el tipo de cambio competitivo.

Según el Banco de México, nunca tuvimos sobrevaluación. En noviembre de 1994, había subvaluación del tipo de cambio, de manera tal que después de la macrodevaluación de diciembre, pasamos a un mayor nivel de subvaluación. ¿Dónde está el error del Banco de México? En que para medir la competitividad del peso toma una canasta de monedas de 133 países miembros del Fondo Monetario Internacional (FMI). Mi corrección metodológica es que para México no son relevantes esos 133 países, más de 75% de nuestro comercio es con Estados Unidos, lo que nos interesa a nosotros es la paridad peso mexicano-dólar americano: primera corrección.

Segunda corrección: el Banco de México toma 1970 como año de equilibrio cambiario. No discuto si entonces el tipo de cambio estaba en equilibrio o no, lo cierto es que entonces teníamos una economía fuertemente protegida y ahora tenemos una economía de franca apertura comercial. En consecuencia, un tipo de cambio que pudo haber sido competitivo en aquel momento, ya no lo es en la actualidad.

Debemos asumir un criterio objetivo para ver cuál es el año en el que tenemos equilibrio cambiario, y esto es muy sencillo: un tipo de cambio de equilibrio es aquel en donde la balanza comercial está equilibrada. "Balanza comercial equilibrada" significa que nuestras importaciones son iguales a nuestras exportaciones; quiere decir que nuestra planta productiva es competitiva en ese tipo de cambio.

En la crisis de 1994, el Banco de México promovió una política cambiaria errónea la cual tenemos que abandonar. Los ajustes cambiarios no son problema, todos los países tienen su tipo de cambio móvil, porque saben que sobrevaluar la moneda implica abaratar importaciones y destruir empleos en el propio país.

El *tercer instrumento* de política económica es el despliegue de una política de fomento económico general y sectorial.

Cuando se introdujo el modelo neoliberal en México, se vendió la idea de que la globalización económica imponía a todos los países la obligación de dismantelar sus estructuras de protección comercial y abrirse al libre comercio. Otro imperativo era el dismantelamiento de la participación del Estado en el fomento de la actividad productiva. Esos fueron los dos dogmas con que se instrumentó la esencia del neoliberalismo económico, y a los cuales se asoció la globalización económica.

La globalización es una realidad, es decir, hay una creciente integración del mundo, pero los países que tienen éxito no se integran ni abriéndose de manera absurda al libre comercio, ni dismantelando la participación del Estado en el fomento a la actividad económica. No hay un solo país que haya tenido éxito con una estrategia neoliberal. Los "tigres asiáticos", por ejemplo, combinan la administración de su comercio exterior con una política comercial pragmática. En Nueva Orleans, a principios de este año, un colega economista estadounidense muy destacado

me decía: “nosotros, mi país, es partidario ferviente del libre comercio, somos partidarios resueltos del libre comercio, excepto cuando se trata de nuestras importaciones, ahí sí nos cuidamos”. Es decir, “hágase la voluntad de Dios, pero en los bueyes de mi compadre”. “El libre comercio que lo hagan los demás, nosotros no le entramos a esa religión.”

Lo mismo pasa con la participación del Estado en el fomento de la actividad económica. Todos los países fomentan su actividad económica. Recuerdo cuando en 1990 estuvo en México un vocero del Banco Mundial exigiendo al gobierno mexicano que dismantlara sus políticas agrícolas, que suprimiera sus precios de garantía o soporte para la agricultura, que dismantlara la inversión pública en fomento agrícola, el gasto en investigación y extensionismo, etcétera. Y yo le decía: “¿por qué no va y convence a Estados Unidos de que dismantle su sistema de precios de soporte, sus programas de apoyo a la agricultura, el programa de subsidios a la prima de seguro, a la tasa de interés, los subsidios a la investigación y a la transferencia de tecnología. Por qué no va y primero los convence a ellos y luego nos viene a convencer a nosotros?” Bueno, porque hoy día, abril de 1997, si no hubiera un sistema de precios de soporte en Estado Unidos, no sería costeable la producción de maíz en ese país, porque los precios del mercado internacional están por debajo de los costos de producción de maíz en Estados Unidos.

En la agricultura de los países ricos y exitosos, en vez de reducir la participación del Estado en el fomento de la actividad productiva, aumentaron el intervencionismo gubernamental, llegando hasta la guerra de guerrillas de subsidios entre la Unión Europea y Estados Unidos para ver quién la fomentaba más. Lo mismo sucede con la industria manufacturera. En una estancia en Alemania en 1994, me di cuenta de que sigue habiendo la prisa de acelerar la industrialización de los cinco estados del este recién incorporados al resto de Alemania, y hay una política industrial agresiva de fomento de la industria, donde el gobierno construye la infraestructura, subsidia la investigación, la transferencia de tecnología y a las empresas, mediante el permiso de que deprecien cualquier tipo de inversión en dos años, y si no se la acaban en dos años, hay una exención fiscal prácticamente total. Cuando

todo esto es insuficiente, hay apoyos con créditos preferenciales y puede haber hasta cheques directos para apoyar algunas actividades.

En México desmantelamos todos los instrumentos de fomento económico; en vez de eliminar la corrupción, en vez de democratizar la administración del país, desmantelamos los pocos instrumentos que teníamos de fomento a la industria manufacturera.

Entonces, un tercer punto de la política económica es desplegar una de fomento económico general y sectorial. En la de fomento económico general entra en primer término la formación de recursos humanos, tanto la educación en todos los niveles como el desarrollo de la investigación científico-técnica. También, dentro de las estructuras de fomento general entra el procurar un sistema financiero que asegure tasas de interés competitivas para los productores nacionales, aplicar instrumentos de fomento general, una política comercial pragmática que fije normas técnicas, salvaguardas, disposiciones contra prácticas desleales de comercio. Recuértese que la política de protección de Estados Unidos, es precisamente eso y más. Cuando todo eso falla se inventa una ley ecológica (al fin que mientras un pleito entra a tribunales pueden pasar diez o quince años, y mientras... como están los del acero, el cemento, etcétera). Esta es una política industrial. Para el sector agrícola se requiere de un sistema de precios de garantía o soporte que por una parte cubra al agricultor de las enormes bajas en los precios internacionales, y también al consumidor, de las enormes alzas en los precios internacionales como ocurrieron en 1995, cuando se juntó la escasez de granos con la macrodevaluación, y los consumidores mexicanos de la noche a la mañana se vieron pagando tres veces más por el aceite, más del doble por el arroz, etcétera. Este sistema de precios de garantía fue inventado, por cierto, en 1933 para la ley agrícola de Estados Unidos y desde entonces fue difundido en todo el mundo, para proteger a productores y consumidores.

El *cuarto instrumento* de política económica es la ordenación del sistema financiero.

Actualmente tenemos que la mitad de las carteras bancarias están vencidas. El gobierno ha inyectado al rescate de la banca 8.5% del Producto Interno Bruto (PIB), en el sentido de que son

recursos comprometidos, parte de los cuales ya se han gastado y parte de ellos se gastarán en los próximos treinta años. Aún así no ha resuelto el problema de la banca: ésta continúa en quiebra técnica, porque la brecha entre las provisiones preventivas que debería tener la banca para cubrir sus riesgos de cartera vigente, de cartera vencida, de la cartera que le vendió a FOBAPROA (Fondo Bancario de Protección a Ahorradores), es decir, al gobierno, de esa cartera que los bancos vendieron al gobierno, los bancos conservan de 20 a 25% de los riesgos y no hay provisiones para éstos. Para cubrir los riesgos de las carteras reestructuradas en UDIS y otros instrumentos, hay una brecha que representa en números redondos 100% del capital contable de los bancos. Los bancos continúan en quiebra técnica. Ahora, ¿por qué llegamos a este desajuste? y ¿cómo reordenar esta esfera financiera?

En Corea del Sur, Japón ó México, en el pasado, antes de la estrategia neoliberal, el sistema financiero, el bancario en particular, estuvo regulado de manera tal que la esfera financiera quedaba subordinada a los intereses de la esfera real de la economía. El mecanismo utilizado fue regular las tasas de interés, las de depósito y las de préstamo. El segundo instrumento fue establecer lo que se llama "cajones de asignación crediticia", es decir, donde los bancos comerciales tienen derecho a escoger su clientela pero están obligados a entregar, supongamos, 10% a la agricultura, 25% a la industria manufacturera, etcétera, del crédito total que manejan.

El tercer instrumento fue un sistema de reservas obligatorias que los bancos comerciales debían tener depositadas en el Banco de México. Este sistema tendía a proteger el ahorro de los depositantes. La reforma de los mercados financieros se hizo entre 1988 y 1989 a marchas forzadas, se liberalizaron las tasas de interés, se dijo: vamos a dejar que el mercado fije las tasas de interés, vamos a suprimir los cajones de asignación selectiva porque crean distorsiones, crean créditos preferenciales. Y efectivamente, había tasas preferenciales para la pequeña y la mediana industrias, para agricultura, etcétera. Esto crea ineficiencias y distorsiones: vamos a dejar que los bancos decidan a quién prestarle y vamos a suprimir también los encajes bancarios y a dejar que cada banco decida libremente su coeficiente de liquidez, vamos

a asumir que los banqueros son responsables, que manejan el ahorro y que van a manejar eficientemente la banca, y ellos van a tener un prudente coeficiente de liquidez. Se argumentó que con la liberalización de los mercados financieros se iba a elevar la eficiencia del sistema bancario, y el reflejo de esta elevación de la eficiencia es que se iban a reducir los márgenes de intermediación bancaria, márgenes medidos como la diferencia entre la tasa de depósito promedio y la tasa promedio de préstamo.

Antes de la estatización de la banca en 1982, ésta operaba con un margen de beneficio, de intermediación, que nunca superó siete puntos porcentuales reales descontando la inflación. Osciló entre 4% y 7% , es decir, pagaba 3% por los depósitos y prestaba a 10% más 3% de inflación: a 13%. En los primeros años de la estatización de la banca se mantuvieron estos márgenes más o menos con un techo de 7%; pero después de la liberalización de los mercados financieros... Debo decirles que la propuesta que hago no implica, desde luego, la estatización de la banca, considero que no es relevante, los medios de producción deben estar en manos de los particulares. El Estado tiene que ser el gran promotor. Claro, hay medios de producción, como el sector energéticos, que por múltiples razones conviene que esté en manos estatales, como en Alemania. Digamos, algunas industrias, algunas actividades, que por tradición han estado en manos del gobierno... por ejemplo, ahora la línea aérea que acaba de obtener el primer lugar de excelencia en el mundo, Lufthansa, es copropiedad del gobierno y particulares en Alemania, los ferrocarriles son del gobierno, etcétera. Bueno, yo postulo un tipo de economía social de mercado al estilo alemán, donde el Estado entra subsidiariamente a la actividad económica, a suplir donde hay ineficiencias en la esfera privada. Desde luego, pienso que la banca debe estar en manos privadas. El problema no es en manos de quién esté, sino la conducción de la esfera financiera, su subordinación a los intereses de la economía real. Las ineficiencias de la banca comenzaron desde que ésta estaba en manos del gobierno, y se agravaron después. La liberalización empezó antes de la privatización de la banca, se produjo en 1988 y 1989 y a partir de ese momento comenzaron a dispararse los márgenes de intermediación bancaria. Después de la privatización, el fenómeno

se agudizó, porque los banqueros trataron de recuperar en el menor tiempo posible lo que habían pagado por los bancos.

Por ejemplo, en junio de 1994 —esto para mencionar un momento antes del colapso financiero y de la inestabilidad— el margen de intermediación bancaria, en términos reales descontando la inflación, se había disparado a 15.7%, y en 1995, después del colapso, en muchos meses, más de 20%, y en un par de meses, más de 25% de margen de intermediación bancaria descontando la inflación. Para que tengan una idea, en Estados Unidos el margen bancario oscila entre 2 y 2.8%, en Canadá entre 0.8 y 1.4%, es decir, pasamos a la usura bancaria, la cual se les regresó como bumerán a los banqueros, porque caímos en tasas de interés impagables. Empresas y deudores particulares empezaron a trabajar para la banca, hasta que llegó un momento en que no le pudieron pagar, lo que se revirtió en contra de la propia banca.

La supresión de aquellas reservas que depositaban obligatoriamente los bancos comerciales en el Central, motivaron a prestar sin ton ni son —manejo irresponsable de la banca— hasta llegar a la quiebra técnica, incluso antes del colapso de 1994. Después, a ustedes les va a tocar pagar los próximos treinta años por el rescate de la banca el equivalente a 8.5% del PIB, es decir, les va a tocar pagar los próximos treinta años los errores que se cometieron desde fines de los años ochenta.

Hay que reordenar la esfera financiera, en un doble sentido. ¡La economía cómo puede producir!, es decir, en qué brete estaba, por ejemplo, el fabricante jalisciense cuando trabajaba con un tipo de cambio sobrevaluado, es decir, lo habían subido al ring para que se hiciera eficiente. Un libro que publiqué contiene una idea infantil que equivale a que con la apertura comercial vamos a lograr la eficiencia, equivale a la idea de que hay que subir a un peso mosca para pelear en el ring contra un peso completo, y por ese solo hecho el peso mosca se va a hacer peso completo. Bueno, suben al peso mosca a pelear contra el peso completo, es decir, por la asimetría tecnológica. Debo decir que Estados Unidos y Canadá tienen un PIB por habitante en más de 10 veces superior al de México, y atención, no es PIB por habitante, no es solamente un indicador de riqueza, es un indicador de productividad, quiere decir que un habitante de allá produce

diez veces más que un habitante de México; no porque aquél sea más inteligente, sino porque tiene un mejor equipamiento tecnológico. Bueno, para empezar subieron pues al peso mosca a pelear contra el peso completo, pero encima al peso mosca le echaron un tipo de cambio sobrevaluado, una gran tasa de interés: mientras el fabricante estadounidense en junio de 1994 estaba pagando una tasa real de interés de 4.12% descontando la inflación, el fabricante jalisciense estaba pagando una tasa real de 24.25% descontando la inflación. Entonces, sobrevaluación cambiaria, tasa de interés y encima, mientras el peso completo tenía un *manager* que lo defendía con una política comercial pragmática y que le daba consejos y lo apoyaba con una política de fomento agrícola y de fomento industrial, en México teníamos un peso mosca al que en vez de darle un buen consejo le daban uno malo. El resultado es que el peso mosca terminó estrellado contra la pared, eso le ocurrió al productor y al conjunto de nuestra economía. Por eso tuvimos la acumulación de un déficit comercial, en solamente un sexenio, por 82,000 millones de dólares, esa fue una de las hazañas perversas del licenciado Carlos Salinas de Gortari.

Tenemos que reordenar la esfera financiera; para ello, lo que he propuesto es un pacto económico financiero donde a los señores banqueros se les deja con la propiedad de la banca, es más, se les ayuda a que se haga un saneamiento real, ahora la banca no está sana, porque los banqueros han vendido casi toda la cartera vencida a FOBAPROA, pero conservan parte de los riesgos de esa cartera. La propuesta que hago es que el gobierno salve completamente a toda la banca, que a cambio, ésta se comprometa a no subir los márgenes de intermediación más allá de 7% como techo, y realizar la reordenación del sistema financiero desde una perspectiva distinta a la de los banqueros. Quien estuvo al cargo de la desincorporación bancaria y de la reforma del sistema financiero, sería el menos indicado para que estuviera al frente de la Secretaría de Hacienda; el licenciado Guillermo Ortiz, fue quien vendió los bancos, hizo la reforma de los mercados financieros y está ahora al frente de dicha Secretaría.

La perspectiva en que se han colocado las autoridades es el salvamento de los bancos. He formulado una propuesta ubicada en otra perspectiva, la del salvamento de los deudores, las em-

presas, la planta productiva, los empleos y las personas. Mi propuesta contempla condonaciones de deudas para casos especiales de jubilados, pensionados, campesinos pobres, etcétera, contempla quitas para pequeñas y medianas empresas, quitas para deudores hipotecarios, etcétera.

Mi propuesta de reordenación de la esfera financiera, salvando a la planta productiva y al empleo, implicaría un costo de menos de 5% del PIB, no además del 8.5% que se ha gastado, sino en lugar de ese 8.5%. Sin embargo, la idea es seguir por el camino en el que se va. Entonces, esa sería la siguiente propuesta económica, una reordenación de la esfera financiera, que regule las tasas de interés. El gobierno lo ha tenido que hacer a fuerza, la tasa de interés en UDIS, por ejemplo, está regulada, pero es como mecanismo aislado, sólo es un instrumento, está regulada la tasa real de interés porque el UDI está indexado a la inflación, por eso han caído en cartera vencida los que han reestructurado en UDIS.

El *quinto instrumento* de política económica es un manejo más sensato y muy responsable de las finanzas públicas.

Estamos en la más grave depresión económica, al tiempo que estamos reduciendo inversión pública y aumentando impuestos; es una de las causas por las cuales ha tronado tanto la economía mexicana.

En los últimos años, esta economía se ha manejado —es otro de los dogmas en los cuales no hay que caer— con la idea de que hay que tener en todo momento y lugar finanzas públicas equilibradas: los ingresos del gobierno tienen que ser iguales a los gastos del gobierno; pero no tenemos en la historia universal ningún ejemplo de país que haya tenido éxito con este dogma. Alemania, por ejemplo, ¿quién duda que es uno de los países más exitosos en gestión económica? Alemania ahorita está operando con un déficit fiscal de 4.5%, y ¿cuál es el problema? Japón, por allá excepcionalmente, ha reducido su déficit fiscal a menos de 1%, pero de repente trabaja con un déficit fiscal de 7%, y ¿cuál es el problema?

El señor Clinton, cuando llegó a la Presidencia de Estados Unidos, ofreció reactivar la economía aumentando la inversión pública, y lo hizo ya como presidente, y logró la reactivación de

la economía. Para reactivar una economía hay dos mecanismos macroeconómicos fundamentales: uno es bajar las tasas de interés para estimular la actividad económica, hacer factible la inversión y el consumo de largo plazo, etcétera. El otro instrumento es la política fiscal: o se reducen impuestos o se aumenta la inversión.

En México hemos hecho las cosas al revés. Lo que propongo es un manejo sensato de las finanzas públicas, de ninguna manera caer en los excesos, que son indeseables también, como los de los licenciados Echeverría y López Portillo, que creyeron que las finanzas públicas eran un barril, un cuerno de la abundancia del que infinitamente se iban a sacar tesoros de manera inagotable. Es decir, un manejo prudente de las finanzas públicas implica un incremento de la inversión pública, del gasto en fomento agrícola e industrial y del gasto urgente para atender necesidades sociales apremiantes. El coeficiente de desnutrición infantil severa ha aumentado 100%, la mortalidad infantil por desnutrición en niños menores de un año lo ha hecho 400%, y entre niños de uno a cuatro años 260%. Tenemos que atender necesidades apremiantes. Lo que he propuesto es una expansión de la inversión y del gasto en fomento, y social urgente, hasta por 4% del PIB, cubierto en parte con ingresos no inflacionarios. El señor Lorenzo Servitje, que está, por cierto, en la lista de ricos de México, pero que es un empresario admirable, social-cristiano, el dueño de Bimbo, propuso hace unos meses algo que yo he propuesto en múltiples escritos previos, decía el señor Servitje: "en este momento, los que más tenemos deberíamos contribuir más al país". En México tenemos un régimen tributario de los más injustos del mundo entero, la progresividad del Impuesto Sobre la Renta (ISR) es muy alta abajo, se acaba rápidamente, y además el señor Carlos Slim paga la misma tasa impositiva que un pequeño fabricante. ¡No se vale! Tenemos que hacer caso de la recomendación del señor Lorenzo Servitje. Esto es algo que hizo el señor Clinton, también fue de sus primeras medidas de gobierno: aumentar los impuestos de los ricos. Aquellos que ganen más de 200,000 dólares... a partir de ahí empezaría una mayor progresividad en el ISR, y esto podría darnos ingresos fiscales de 2 a 3% del PIB.

Pero aparte de eso no me preocuparía que las finanzas públicas trabajaran con un déficit de 2 o 3%. ¿Por qué? Porque,

normalmente, una vez que se detona el crecimiento económico, las finanzas públicas tienden al equilibrio, es decir, aumenta la actividad económica y aumenta la recaudación tributaria. ¿Qué es lo que ha estado pasando ahorita? Al revés: cae la actividad económica, se reducen los impuestos. Actualmente la recaudación tributaria en términos reales es 24% inferior a la de 1994. ¿Por qué? Porque la actividad económica está en la lona. Es más, en 1996 continuó disminuyendo la contribución tributaria, menos que en 1995, pero continuó disminuyendo.

Entonces, tenemos que manejar las finanzas públicas de manera responsable. Ni la irresponsabilidad del licenciado Echeverría ni la del licenciado López Portillo, quienes pensaron que las finanzas, el fisco, la tesorería es inagotable, ni la irresponsabilidad en el sentido extremo que es preferir que la economía se destruya, que se destruya la infraestructura, que haya mortalidad infantil, etcétera, porque no hay recursos... es decir, ningún extremo es aconsejable, tenemos que manejar con pragmatismo, con prudencia, las finanzas públicas.

El *sexto punto* de política económica es incrementar los salarios reales, no como medida suelta y aislada, si así lo hiciéramos, dañaríamos gravemente a las empresas. Tenemos que aumentar los salarios en medio de todo este paquete de medidas de política económica. El señor Lorenzo Klein, que acaba de estar en México, Premio Nobel de Economía de 1980, recientemente hizo un planteamiento bastante coincidente con esto que les estoy proponiendo, y uno de los puntos en los que insiste se trata de un paquete de medidas de política económica y no de medidas sueltas.

No solamente por razones de justicia tenemos que ir restaurando. Primero, debemos evitar que los salarios reales, que el poder adquisitivo de la población continúe deteriorándose, no sólo por razones humanas sino también macroeconómicas. La caída de los salarios junto con las alzas de las tasas de interés y la escasez del crédito producen una caída de las ventas, como la que hemos visto en el mercado interno. Si caen las ventas no tiene sentido producir, hay que reducir la actividad y despedir personal; menos sentido tiene ampliar la fábrica, ¿para qué la amplían si no hay quien compre? En consecuencia, no se crean

empleos, hay más gente compitiendo por los puestos de trabajo y dispuestos a contratarse por un salario menor, y disminuyen más los salarios. Estamos en un círculo vicioso depresivo, que hay que romper, y una de las maneras de hacerlo es restaurando paulatinamente el salario. Nos va a costar mucho trabajo reponer ya no digamos lo perdido de 1980 para acá, cuando los salarios son de ciencia ficción, es decir, actualmente los salarios son 72% menores que los de 1982, para no hablar de 1976 a 1978, porque ahora los salarios mínimos son del orden de 22% del poder adquisitivo que tenían entonces. Incluso, recuperar lo que perdimos de 1994 para acá, más de 20% del poder adquisitivo de los salarios, hay que hacerlo con tiento, es decir, por lo pronto un incremento salarial de 10 a 15%, y evitar nuevas caídas del salario real, y que como mínimo el salario real crezca cuando menos al ritmo de la productividad, pero mejor más rápido que la productividad.

Finalmente, el *séptimo punto* de política económica, antes de pasar al problema de la deuda externa, es modificar la idea que se tiene con respecto al manejo de la inflación.

Uno de los peores problemas de la administración económica del licenciado Carlos Salinas y que ha sido un "talón de Aquiles" permanente de la economía mexicana, fue la obsesión por bajar a cualquier precio la inflación a un dígito y acercarla al nivel de la de Estados Unidos.

Aquí en Guadalajara estuvo el profesor Dornbusch en 1992, señalaba que por la sobrevaluación cambiaria México tenía que devaluar, y si la inflación no bajaba un dígito no había problema, pero era necesario priorizar el crecimiento económico. En aquel entonces yo, en programas de radio, en publicaciones de libros, artículos, periódicos y revistas científicas, recomendaba un paquete de políticas económicas, el mismo que les estoy recomendando, con mayor o menor énfasis en tal o cual cosa, pero esencialmente el mismo. Mi discrepancia con el señor Dornbusch es que él consideraba el ajuste cambiario como medida suelta, como medida aislada de política económica; yo decía "no, la economía mexicana es como una máquina destartalada, si apretamos cinco tornillos clave podemos ajustar la máquina; si apretamos solamente un tornillo hasta el fondo, vamos a reventar la máquina".

Entonces, recomendaba un ajuste ordenado de la economía mexicana, pero había coincidencia con el señor Dornbusch en aquel tiempo, no ahora, no coincido ahora con su propuesta de consejo monetario. Había coincidencia en dos cosas: primero, en la idea de que primero está el crecimiento económico y después está la tasa de inflación. En Brasil, por ejemplo, en 1992 hubo una inflación de 2,000%, pero en ese mismo año la economía creció 5.4%, la industria creció 7% y los salarios reales mejoraron. ¿Cuál es el problema? El problema no es que un kilo de carne valga ahorita 1,000 pesos si el salario mínimo es de 3,000 pesos, y si mañana el kilo de carne vale 2,000 pesos pero el salario es de 6,000 pesos no hay problema. Desde luego, no soy partidario de hiperinflaciones, pongo esto como ejemplo extremo.

La propuesta que hago es dejar de aspirar a bajar a un dígito la inflación a cualquier precio, y pensar en un escenario más realista de techar la inflación, es decir, no subir de un techo de inflación de 25% anual, para llegar a fin de siglo a una banda de inflación de 10 a 15% anual, sin aspirar a una inflación de un dígito, para hacer un aterrizaje más ordenado de la economía mexicana.

Chile, ha tenido doce años de reconstrucción con gobiernos demócratas y después de un ajuste importante que hizo el general Pinochet, cuando despidió a los neoliberales, retiró del gobierno a los "Chicago boys" y reestructuró la estrategia económica en un sentido no muy diferente del que les estoy planteando. Chile tuvo en los últimos años ochenta y en los primeros noventa, un crecimiento económico de más de 7% anual, con una tasa de inflación entre 15 y 20% anual. Nosotros en nuestro país hemos tenido experiencias de crecimiento con inflación, tenemos la experiencia de la época del general Cárdenas, del licenciado Miguel Alemán; hemos tenido crecimientos con inflaciones moderadas. Entonces, lo que propongo es este tipo de estrategias.

Se me dice, se me objeta, que si aumentamos los salarios reales, si incrementamos la inversión pública y reducimos las tasas de interés va a crecer la demanda, lo que conducirá a un proceso hiperinflacionario; pero no es cierto, y no lo es por una razón: la mayor demanda generada de un incremento salarial prudente, de una prudente flexibilidad en la política fiscal, de un

prudente manejo de la tasa de interés, esa mayor demanda generada se va a cubrir con la utilización de la capacidad ociosa de la planta productiva, capacidad ya instalada. En consecuencia, el impacto inflacionario es insignificante. Vamos a detonar el crecimiento económico.

Finalmente, quisiera referirme al problema de la deuda externa, lo dejo al último porque ni hablar, a nosotros nos tocó, se han cometido muchos errores de gestión económica en este país; pero bueno, los pueblos se equivocan y ni hablar. México no es el único caso de un país que se equivoca. Los alemanes llevaron a Hitler al poder por voto universal directo y secreto; se equivocaron, pero rectificaron. Los pueblos tampoco están obligados a pagar sus pecados por equivocaciones hasta la décima generación. Los pueblos pueden recuperar su camino, rediseñar sus estrategias y reconstruirse, pero las reconstrucciones arrancan del estado en que se encuentra el país, no podemos regresar la máquina del tiempo. Entonces, tenemos un país donde, según un estudio de un despacho francés de consultoría en ingeniería —porque hasta para eso tenemos que importar, cuando tenemos muy buenos ingenieros en México—, resulta que 60% de nuestras carreteras libres están en pésimas condiciones, solamente 10% están en buenas, y 30% están en regulares. En agricultura, no solamente no se ha ampliado la infraestructura hidroagrícola, cultivamos menos tierra con riego, cuando tenemos un potencial importante de tierras que pueden incorporarse al cultivo irrigado; cultivamos menos tierra porque por falta de inversiones de conservación o mantenimiento, alrededor de la cuarta parte de la infraestructura previamente construida se encuentra fuera de operación.

Tenemos cadenas productivas rotas, es más, en la industria manufacturera tenemos eslabones completamente perdidos. Tenemos que reconstruir nuestras cadenas productivas, nuestra agricultura; tenemos un problemón en el frente externo: los pasivos externos de México andan en 266,000 millones de dólares, de los cuales en números redondos 170,000 millones de dólares son deuda externa pública y privada, y el resto, inversión extranjera directa de cartera tanto en mercado accionario como en títulos de deuda pública. Esos son los pasivos que tenemos que afrontar, y tenemos que afrontarlos como realidad, no los podemos desapa-

recer de la realidad. Mi recomendación, desde luego, no es una moratoria, no es pelearnos con los acreedores, ellos son en parte corresponsables, pero nosotros tenemos la principal culpa. Aquí hay un problema, cuando la crisis de 1982 o la crisis de 1994, los corresponsables eran directamente los acreedores; ahora con las colocaciones de papel en mercados de dinero, de bonos del gobierno en mercados de dinero, ya ni siquiera una parte de nuestros deudores son corresponsables. Es decir, pagándoles en pesos mexicanos sus papeles, ellos tenían que pagar parte del costo. Bueno, ahora ya ni siquiera podemos, esos corresponsables ya se fueron, lo mismo los corresponsables de los préstamos de antes de 1982, de manera tal que ahora tenemos que negociar con los nuevos acreedores.

Lo que propongo, de todas maneras, es hablar con ellos, renegociar. En primer lugar, rechazar condicionamientos de políticas económica. Cada vez que tenemos problemas le pedimos al FMI una carta de buena conducta, esa carta de buena conducta es la que nos va a servir de aval para que nos sigan prestando. Y ¿para qué nos prestan? Pues para pagarles, porque a México no entra un solo dólar, es estrictamente para pagarles. Entonces, lo primero que tenemos que hacer es dejar de recibir consejos del FMI, tenemos quince años recibiendo consejos de ellos.

El éxito de los gobiernos anteriores al neoliberalismo económico, cuando hicieron ajustes exitosos —que no los hicieron ni el licenciado. Echeverría ni el licenciado López Portillo—, es decir, los gobiernos del licenciado Miguel Alemán, del licenciado Ruiz Cortines y del general. Cárdenas, el gran secreto es que no aplicaron el paquete de medidas de ajuste económico que recomienda el FMI. Para empezar, en tiempos del general Cárdenas no existían ni el FMI ni el Banco Mundial, nacen inmediatamente después de la segunda guerra mundial; pero en aquel tiempo tampoco se habían inventando las recetas friedmanneanas de ajuste y estabilización, Keynes era el príncipe del pensamiento económico universal, y estas recetas no se habían inventado, pero les aseguro esto: no hubo ni siquiera una tentativa de intromisión. ¿Por qué? Porque en aquel tiempo de gobiernos nacionalistas ningún gobierno mexicano, incluyendo el del licenciado Miguel Alemán,

hubiera aceptado una intromisión extranjera en asuntos de política económica interna.

Lo primero que tenemos que hacer es rechazar las condicionalidades del FMI. Tenemos en cierta medida el sartén por el mango, porque, paradójicamente, somos un gran deudor y en consecuencia somos un país que puede desquiciar los mercados financieros internacionales. Es decir, queremos negociar, queremos pagarles, pero queremos que nos dejen respirar, o ¿quieren que les prendamos la mechita a los mercados financieros internacionales?

El mejor acto de gobierno del licenciado Carlos Salinas —que sin duda tuvo algunos actos de gobierno buenos, aunque en conjunto su administración... bueno, ustedes saben cuáles son los resultados— fue la actitud que asumió en el problema de la deuda externa al principio de su gobierno. Cuando su toma de posesión, el licenciado Salinas instruyó a su secretario de Hacienda diciéndole: “me vas a negociar para que no paguemos más de 2% del Producto Nacional, como servicio neto por deuda externa”; y unas semanas antes de que el licenciado Salinas dejara la Presidencia, un periódico de España lo entrevistó, si mal no recuerdo fue *El País*, le preguntó cuál fue el momento más difícil de su gobierno, y el licenciado Salinas dijo: “cuando a principios de 1989 estuvimos a punto de declarar la moratoria”. Es decir, para negociar hay que amenazar, no se va a declarar una moratoria, pero sí se va a decir: “¿sabes qué?, tenemos un país en desgracia y tenemos que tener un tratamiento consciente, congruente”.

La idea sería que nos permitieran un periodo de gracia de un año, para retornar al crecimiento económico, que recalendarizáramos pagos de principal e intereses, para poder recuperar el crecimiento económico. A diferencia de esta propuesta, la estrategia de las autoridades hacendarias hasta ahora es no renegociar, se dice “vamos a refinanciar la deuda externa”. El refinanciamiento tiene dos problemas: primero, cuando alguien tiene la urgencia de pedir prestado, a veces para pagar tiene que pedir prestado a cualquier precio, porque si no le quitan su casa, tiene problemas. Esto nos ha ocurrido en el pasado, cuando la crisis de 1982, por ejemplo, me lo platicaba uno de mis profesores en la Facultad de Economía, en 1981, el señor José Luis Ceseña, me lo decía:

“es increíble, andan los agentes del gobierno pidiendo prestado a cualquier precio, a tasas superiores de 18% anual en dólares, en créditos de corto plazo, para pagar vencimientos de largo plazo”.

Si nosotros seguimos con esta idea de la renegociación, vamos a pagar muy caras tasas de interés y vamos a tener el problema de que no podemos con los puros intereses, ya que representan 5% del PIB. Ahora bien, para que la economía mexicana crezca a una tasa de 5% anual cuando menos, según el Plan Nacional de Desarrollo se requiere un coeficiente de inversión fija bruta de 24% del PIB; si esto es así, requeriríamos de un coeficiente de ahorro interno, para pagar y crecer al mismo tiempo, de 29% de ahorro nacional, de ahorro interno, si pagamos nada más los intereses, y de 34% de ahorro interno si pagamos también las amortizaciones. Lo más que hemos tenido de ahorro interno es 22.7%, es decir, o pagamos o crecemos. Entonces, tenemos que agarrar al toro por los cuernos.

Simultáneamente, una de mis líneas de investigación ahora es trabajar sobre un modelo de asignación de recursos para crecer más rápido con una menor tasa de inflación. ¿Y les digo cuál es mi secreto?, que no es ningún secreto: fomentando sobre todo el desarrollo de la pequeña y la mediana empresas, que son las que generan más trabajo por cada unidad de capital de inversión.

Con estas medidas de política económica indudablemente México puede retornar a una senda de crecimiento económico acelerado, las reconstrucciones son factibles siempre y cuando las naciones se sacudan, revisen sus propias equivocaciones y tracen con precisión su camino de desarrollo.

Gracias.

Reconstruir la política económica

se terminó de imprimir el mes de noviembre de 1997,
se utilizó la fuente times en: 12, 11, 10.5 y 9 pts.

La edición consta de 500 ejemplares



AMAROMA EDICIONES

Av. Vallarta 1835-2, 44140 Tel. 616 53 43 Fax 616 53 46

